

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

LA LUZ SE ABRE PASO

Del lecho de muerte
a una vida nueva

EL CIELO ESTÁ LLENO DE PECADORES

Enseñanza del Maestro
sobre el amor
y la misericordia

¿TE PUEDES GANAR LA GLORIA A PULSO?

La guerra entre la carne
y el espíritu

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 3427 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

© 2004, Aurora Production AG.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.
<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES
Doug Calder,
Étienne Morel

PRODUCCIÓN
Francisco López

AÑO 5, NÚMERO 10
Octubre de 2004

A NUESTROS AMIGOS

En 1825 el papa León XII visitó la cárcel de los Estados Pontificios y se empeñó en preguntar a cada uno de los reclusos cómo había terminado allí. Casi todos alegaron su inocencia. Solo uno de los reos admitió humildemente que era estafador y ladrón. Volviéndose al alcaide, el Papa le indicó severamente: «Suelte enseguida a este bribón. ¡No quiero que corrompa a todos esos nobles caballeros!»

Aunque nos cause gracia, esa anécdota contiene una valiosa enseñanza para todos: Dios perdona a quienes son conscientes de su necesidad de perdón, a quienes saben que no lo merecen, que no pueden ganárselo, a quienes dependen exclusivamente de la misericordia y gracia del Señor. Jesús increpó a los mojigatos de Su época recordándoles: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: “Vemos”, vuestro pecado permanece» (Juan 9:39-41).

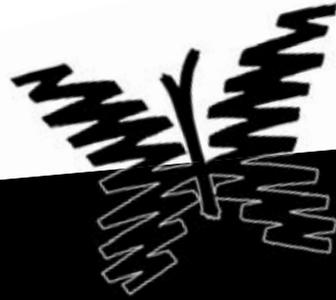
Este principio no solo se aplica a la salvación, sino también a la vida cotidiana. ¿Cuántas veces nos parecemos a los nobles caballeros de la anécdota, encerrados en pequeñas celdas de piedad que nosotros mismos nos forjamos porque no estamos dispuestos a admitir nuestros errores y fallos? En realidad resulta casi caricaturesco que nos esforcemos por proyectar una imagen de perfección o rectitud cuando el Señor, nosotros mismos y los demás sabemos que somos cualquier cosa menos eso. Entretanto, Jesús no se cansa de repetirnos que nos soltemos el pelo, que no nos tomemos la vida tan en serio, que no pretendamos ser tan perfectos, ya que nunca lo lograremos, que simplemente nos esmeremos en actuar bien y confiemos en que Él hará lo demás.

Dejemos de preciarnos de ser mejores que los demás y concentrémonos más bien en lo realmente importante: actuar con naturalidad, amar al Señor y compartir la buena nueva con los demás: «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36).

Gabriel Sarmiento

En nombre de *Conéctate*

libre DE DEUDAS



HACE UNOS AÑOS Sergio atravesaba una grave crisis económica. Se había endeudado tanto que, aunque hubiera vendido todo lo que tenía dos veces, no habría podido liquidar su deuda. Había sacado un elevado préstamo en moneda extranjera y, a consecuencia de una subida repentina y brusca del tipo de cambio, su deuda se había multiplicado. Y ese crédito representaba apenas una fracción del total de sus deudas. Su principal acreedor era su suegro, un anciano muy acaudalado.

Un día este señor llamó a Sergio y le dijo: «Sé que estás pasando por una época difícil y quiero ayudarte. No tienes que seguir pagándome las mensualidades del dinero que te presté. En realidad, me propongo perdonarte la totalidad de la deuda».

Aquello le daba a Sergio suficiente margen para renegociar su deuda con el banco y mantener su empresa a flote. Sin embargo, rehusó la oferta. «No puedo aceptarlo. Es cuestión de principios. Debo devolverte todo lo que te debo».

El anciano trató de razonar con él. «Lo que me estás pagando ni siquiera cubre los intereses de lo que te presté. Además, estás casado con mi única hija. Cuando yo muera —y no falta mucho para eso— todo lo que tengo será suyo y tuyo. No es una cuestión de principios. Tu postura es estúpida. El orgullo te ciega».

Pero Sergio se atrincheró en su decisión y continuó con sus inútiles tentativas de devolverle a su suegro lo que le debía. El asunto, sin embargo, no duró mucho. Al poco tiempo se volvió insol-

vente y perdió su empresa y casi todo lo que tenía. Todo a causa de su orgullo.

Naturalmente, debemos pagar nuestras deudas y hacer todo lo posible por ser solventes. Tal debe ser la conducta de un cristiano. No obstante, la negativa de Sergio a aceptar la condonación de la deuda que le ofrecía su suegro fue una insensatez, puesto que pronto se iba a convertir en coheredero de todos sus bienes, incluidas las magras cantidades que estaba pagando por concepto de la devolución de su deuda.

Al igual que Sergio, muchas personas rehúsan el perdón que Dios ofrece tan generosamente a la humanidad e insisten en restituir ellas mismas lo que deben. Por medio de sus buenas obras, sacrificios y abnegación procuran liquidar una deuda que está muy por encima de sus posibilidades, cuando podrían fácilmente hacer borrón de lo viejo y empezar una nueva etapa de su vida aceptando a Jesús como Salvador y dejando que Él salde la deuda en que incurrieron con sus pecados y falencias.

Jesús ofrece un indulto a todo hombre, mujer y niño del planeta. Lo único que tenemos que hacer es decir: «Sí, Jesús, necesito Tu perdón. No hay forma de que pueda enmendar todos mis actos desamorados y egoístas. Sólo puedo liberarme de esa deuda aceptando el sacrificio que hiciste en la cruz por mis pecados. Te agradezco que murieras por mí». •

MÁRIO SANT'ANA ES MISIONERO DE LA FAMILIA EN BRASIL.

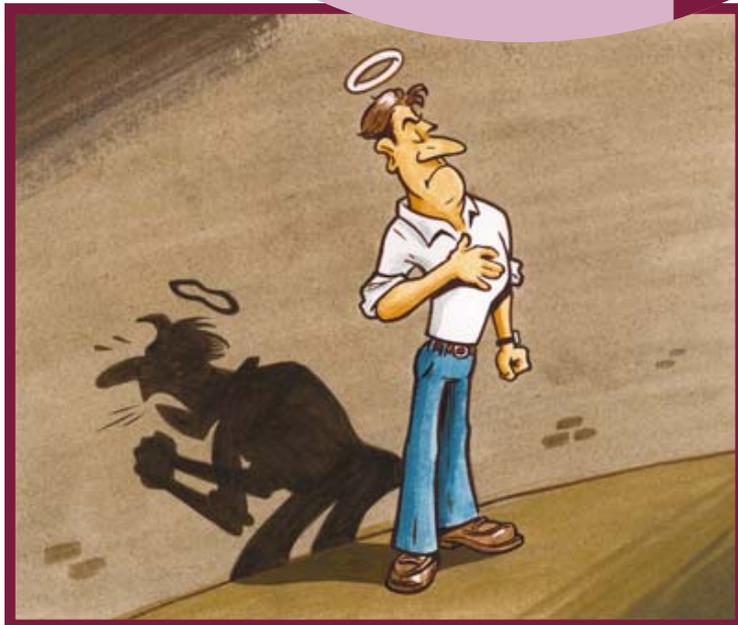
PARÁBOLA
DEL
FARISEO

{ PUBLICANO }

El
Cielo

está lleno de

PECADORES



JESÚS ENSEÑÓ MUCHAS COSAS en parábolas. Una de las más breves y a la vez más profundas de todas fue la parábola del fariseo y el publicano. La Biblia nos relata que Jesús «dijo esta parábola a unos que confiaban en sí mismos, teniéndose por justos, y despreciaban a los demás» (Lucas 18:9).

Los fariseos constituían la más influyente de todas las sectas religiosas judaicas de la época de Cristo. La palabra *fariseo* significa textualmente *los separados*, lo cual da a entender la naturaleza de sus creencias. Eran legalistas, y se comprometían a obedecer y observar la infinidad de reglas restrictivas, tradiciones y leyes ceremoniales del judaísmo ortodoxo. Se consideraban los únicos seguidores auténticos de las leyes divinas, por lo que se creían mucho mejores y más santos que ninguna otra persona. De ahí que no solo se separaran de los no judíos —a quienes trataban con perfecto desdén y consideraban *perros*—, sino que inclusive se pusieran por encima de sus propios hermanos judíos.

Los publicanos, por otra parte, eran recaudadores de impuestos para las fuerzas de ocupación que regían Palestina: la Roma imperial. Los romanos indicaban a los publicanos las sumas que debían cobrar al pueblo por concepto de impuestos, y estos podían recaudar lo que quisieran por encima de esa cantidad para engrosar sus propios ingresos. Solían ser, pues, extorsionistas, lo que les acarreaba el desprecio de sus compatriotas y que se los considerara traidores.

Al comparar en esta parábola a un fariseo y un publicano, Jesús eligió a las dos figuras más diametralmente

opuestas de la sociedad judía. Al uno se le tenía como el mejor, el más justo, el más religioso, el más santo y el más piadoso de todos los hombres. ¡Mientras que el otro era visto como el peor, el mayor canalla que pudiera existir!

La parábola:

Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro, recaudador de impuestos [publicano].

El fariseo se puso a orar consigo mismo: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres —ladrones, malhechores, adúlteros— ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo».

En cambio, el recaudador de impuestos, que se había quedado a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!»

Les digo que éste, y no aquél, volvió a su casa justificado ante Dios. Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido. (Lucas 18:10-14, NVI).

Según Jesús, ¿cuál de estos hombres quedó justificado delante de Dios? ¿El fariseo que aparentaba ser muy justo y santo, y que innegablemente se creía recto y bueno? ¿O el cobrador de impuestos, el

pecador, al que otros desdeñaban y que, según se desprende del relato, hasta se desdeñaba a sí mismo? El cobrador de impuestos, quien sabía que no podía presumir de bondad alguna que necesitaba de la misericordia y perdón a Dios.

El modo en que Dios ve las cosas suele ser muy distinto del nuestro. Él dice: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos. Como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8,9).

Si bien los pecados del publicano eran muchos —nadie lo duda—, dice Jesús que, porque confesó y reconoció con humildad y sinceridad el hecho de que era pecador y que precisaba la ayuda de Dios, aquel día abandonó el templo justificado.

A los ojos de Dios, el orgullo del que se cree bueno en su propia opinión, como aquel fariseo —esa actitud hipócrita y beata que lleva a algunos a despreciar y a tener en menos a los demás por considerarlos no tan buenos como ellos—, es el peor de los pecados. Las personas así con frecuencia resultan intratables, porque son cerradas, intolerantes, criticonas y prejuiciadas.

Los Evangelios nos cuentan que cuando los fariseos vieron a Jesús sentado a la mesa comiendo con publicanos y pecadores, se enardecieron y lo acusaron ante Sus discípulos. Al enterarse, el Señor les respondió: «Los sanos no tienen necesidad de

médico, sino los enfermos. Id y aprended lo que significa: «Misericordia quiero, y no sacrificio», porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» (Mateo 9:10-13). Explicado de otro modo, Jesús les quiso decir: «Preferiría que más bien tuvieran amor y misericordia, en lugar de limitarse a guardar la Ley. Preferiría que manifestasen amor a los demás en vez de ser tan farisaicos y criticones».

El modo en que Dios ve las cosas suele ser muy distinto del nuestro.

Ninguno de nosotros tiene ni una pizca de bondad propia; si algo de bueno hay en nosotros se debe exclusivamente al Señor y Su bondad. Su Palabra dice: «Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). El propio San Pablo admitió que no había nada de bueno en él (Romanos 7:18).

Jesús se encolerizó tanto al ver la conducta hipócrita y santurrón de los fariseos, que los catalogó de peores que los borrachos y las prostitutas, que los publicanos y los pecadores a quienes ellos desdeñaban. No se detuvo ahí: añadió que dichos pecadores tenían más posibilidades de llegar al Cielo que los fariseos (Mateo 21:31). Hasta llegó a decir a Sus propios discípulos: «A menos que su justicia supere a la de los fariseos y de los maestros de la ley, de ninguna manera

entrarán en el Reino de los Cielos» (Mateo 5:20, NVI). La única forma de ser mejores que ellos es revestirnos de la justicia de Cristo —la salvación que obtenemos al aceptar Su perdón de nuestros pecados—, porque los fariseos eran de los más *rectos* que pudiera haber en el plano natural.

Tanto detestaba Jesús la hipocresía de los fariseos que los denunció públicamente: «¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Limpian el exterior del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de robo y de desenfreno. ¡Fariseo ciego! Limpia primero por dentro el vaso y el plato, y así quedará limpio también por fuera. ¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que son como sepulcros blanqueados. Por fuera lucen hermosos pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre. Así también ustedes, por fuera dan la impresión de ser justos pero por dentro están llenos de hipocresía y de maldad» (Mateo 23:25-28, NVI).

Lo que hacía tan hipócritas y santurriones a los fariseos era su soberbia. Eran demasiado orgullosos para confesarse pecadores como todos los demás. Es más, no solo eran incapaces de confesar sus

pecados, sino que ni siquiera los veían, por lo que resultaban ser «ciegos guías de ciegos» (Mateo 15:14).

Es un gran alivio admitir llanamente que por nosotros mismos somos incapaces de ser buenos o justos. Al fin y al cabo, Dios ha dicho en Su Palabra que nadie es bueno: «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3:10). «Por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte» (Efesios 2:8,9, NVI).

A los ojos de Dios, las peores personas son las que simulan ser buenas y tienen en menos a los demás. Nos conviene más ser sinceros y confesar: «No soy bueno. Soy pecador, y por supuesto que cometo errores. Si algo tengo de bueno es gracias a Jesús».

Dios no ve como personas buenas a los perfeccionistas que se creen inmaculados, sino a los pobres pecadores, humildes y desesperados, que saben que necesitan a Dios. A esos vino a salvar.

Para Dios la virtud consiste en depender de Él, como el pecador que sabe que necesita a Dios y que confía en que Él lo salvará; no como el fariseo hipócrita y santurrón, convencido de que puede triunfar

por sus propios esfuerzos y salvarse a base de su propia bondad.

El concepto divino de la santidad es el del pecador salvado por gracia, desprovisto de toda perfección y de toda justicia propia, que depende totalmente de la gracia, el amor y la misericordia de Dios. Aunque parezca mentira, esos son los únicos santos que existen.

No podemos salvarnos merced a nuestras buenas obras, nuestra propia rectitud o nuestros esfuerzos por acatar las leyes de Dios y amarlo. Ni siquiera empeñándonos en descubrir Su verdad y seguirla. No podemos salvarnos por muy bien que nos portemos. No hay nada que podamos hacer para obtener la salvación. Solo nos resta recibirla por fe. ¡Nada más! Es preciso que reconozcamos humildemente que no la merecemos, que somos pecadores sin remedio y que no hay modo en que podamos alcanzarla, salvo por la gracia de Dios.

El pecador más redomado puede llegar al Cielo gracias a la fe y al perdón de Dios. A la vez, la persona más íntegra puede irse al Infierno a causa de su incredulidad y negativa a confesar que necesita a Dios. El Cielo está lleno de pecadores salvos por gracia mediante la fe. •

ORACIÓN PARA HOY

Jesús, pretender ser moralmente superior a los demás es orgullo, y el orgullo es lo contrario del amor y la humildad. Te ruego, pues, que me ayudes hoy a conducirme con amor y humildad. Ayúdame a no criticar ni condenar a los demás, sino a amarlos, perdonarlos y levantarles el ánimo. Tú dijiste: «Misericordia quiero, y no sacrificio». Ayúdame a amar así a los demás, a perdonar con presteza los pecados y faltas ajenos así como Tú me has perdonado a mí. Ayúdame a apiadarme de los demás como Tú te has apiadado de mí. Amén.

(Al momento de vivir esta experiencia, Virginia Brandt Berg [1886-1968] era una inválida desahuciada. Parálitica de la cintura para abajo, llevaba casi cinco años confinada a su lecho. Sufría graves trastornos respiratorios y cardíacos que ponían en riesgo su vida. Para colmo, una larga serie de intervenciones quirúrgicas fallidas con miras a restablecerle el uso de las piernas le habían dejado diversas secuelas. Su estado se había ido deteriorando de forma inexorable hasta que terminó pesando 35 kilos.)

La luz se abre paso

VIRGINIA BRANDT BERG

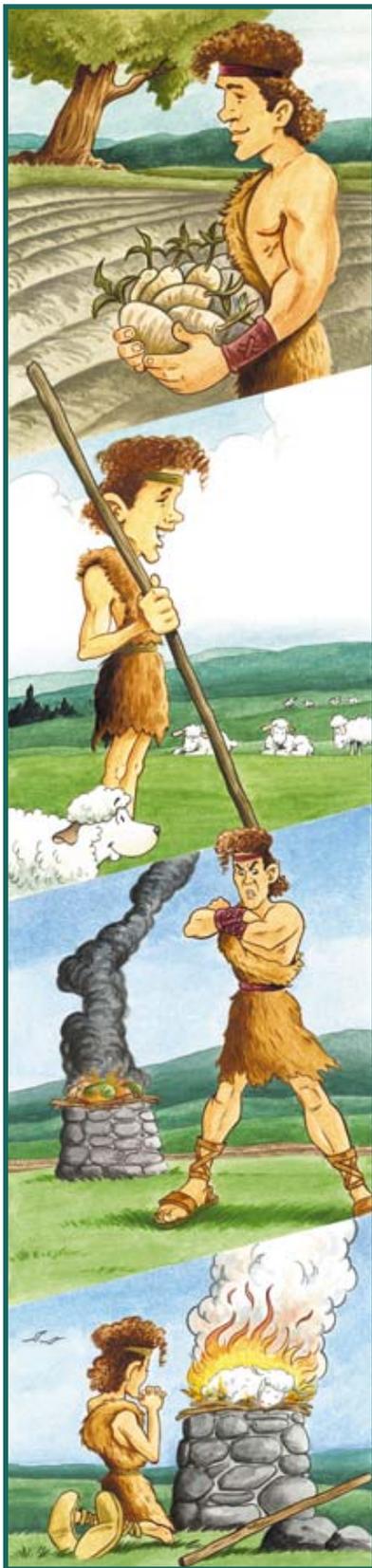
UNA NOCHE, A SOLAS EN MI LECHO, me vinieron de golpe unas ansias inconcebibles de pedir ayuda a algún poder invisible. No podía levantar la voz por encima de un susurro, así que con gran fervor rogué en voz baja: «Si existe alguna posibilidad de que en alguna parte haya un Dios, revélate a mí. Si estás ahí, manifiéstate». Fue como si una fuerza superior a mí me impulsara a clamar una y otra vez. De modo que invoqué repetidamente: «Si estás ahí, te ruego, te imploro que por piedad te me reveles».

Me vino entonces lo que interpreté como una respuesta a mi súplica: un convencimiento profundo de que había pecado. Me sentí la mayor de las pecadoras. Eso de por sí era algo extraño en mí, ya que hasta ese momento tenía un concepto bastante elevado de mi bondad y honradez. Había exhibido un comportamiento bastante *moral*, lo cual me enorgullecía. Estaba muy satisfecha de mí misma. De repente fue como si se me hubieran abierto los ojos y por primera vez en la vida me viera a mí misma en el verdadero estado en que me encontraba. De pronto mis buenas obras se deslucieron y perdieron su valor. El peso de mis pecados

y de mi egocentrismo fue haciéndose cada vez mayor hasta que no pude más. Terminé sollozando.

Ya no estaba sola, pues percibía la presencia del Señor en aquella habitación tan patentemente como si un familiar hubiera estado de pie junto a mi cama, y le hablaba con tanta naturalidad como un niño a su padre. Se lo conté todo y tuve la certeza de que me había escuchado y comprendido. Lo comprobé, porque mi atribulada alma se vio invadida por una paz y serenidad indescriptibles. No había visto, oído ni percibido nada con los sentidos, pero en mi corazón había establecido un contacto tan real con el Señor que podía afirmar con toda certeza: «Sé a quién he creído, y estoy segura que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2 Timoteo 1:12). Toda mi incredulidad se había desvanecido. Dios en verdad existía, y yo era una «nueva criatura» en Cristo Jesús (2 Corintios 5:17). ¡La luz se había abierto paso! •

(TOMADO DE *EL BORDE DE SU MANTO*, AUTOBIOGRAFÍA DE VIRGINIA BRANDT BERG QUE ENCONTRARÁS EN WWW.CONECTATE.ORG.)



¿TE PUEDES GANAR LA GLORIA A PULSO?

LA POLÉMICA RELIGIOSA más encarnizada que ha habido a lo largo de la Historia se ha dado siempre entre las religiones que sostienen que uno puede salvarse a sí mismo y las que consideran que sólo Dios puede hacerlo. El hombre siempre ha pretendido salvarse a sí mismo, labrar su propio camino al Cielo echando mano de apenas un poquito de ayuda divina, para poder atribuirse a sí mismo la mayor parte del mérito y seguir su propio camino.

El primer homicidio fue cometido por un fanático partidario de la salvación por méritos propios: Caín, el mayor de los hijos de la primera pareja, Adán y Eva. Caín resolvió que ofrendaría en sacrificio a Dios lo que a él le diera la gana en lugar de inmolar el cordero que Dios había pedido. Decidió que él tendría sus

DAVID
BRANDT
BERG
(D.B.B.)

propios criterios y en ello basaría su religión. No obstante, el sacrificio de Caín —las frutas y legumbres de su huerto, producto de sus esfuerzos, de su propia rectitud— desagradó a Dios, y fue desechado. Por otra parte, su hermano Abel ofrendó con humildad y sencillez un cordero, justo lo que Dios había pedido. Al encontrarse con que el sacrificio de Abel era aceptado y el suyo rechazado, Caín se enardecía de tal manera que mató a su hermano (Génesis, capítulo 4). Aquel asesinato marcó el inicio de la persecución de la iglesia auténtica a manos de la falsa. Caín era religioso, sumamente religioso. Procuraba denodadamente salvarse a sí mismo por sus propios medios. Incluso ofrendaba sacrificios a Dios y alegaba que le rendía culto. Pedía de todo corazón a Dios que le ayudase a ganarse su salvación. Pero todos sus esfuerzos fueron insuficientes. El camino por el que optó no era el señalado por Dios, sino el que emprenden todas las religiones erróneas.

Los adherentes de esas religiones se rigen totalmente por el farisaísmo y por sus propios conceptos. La mayoría de esas personas afirman que adoran a Dios y que acuden a Él en busca de un poco de asistencia para obtener la salvación. El problema es que se esfuerzan tanto por ganársela que creen merecérsele, con ayuda de Él o sin ella; y se ofenden si les parece que Dios no aprecia su bondad. «Mira todo lo que hemos hecho por Ti, Dios. Debieras darnos una medalla. Desde luego merecemos salvarnos. Si vas a salvar a alguien, deberías salvarnos a nosotros. Si alguien va a alcanzar el Cielo, ¡nosotros deberíamos estar entre los elegidos!»

En cambio, Abel simplemente hizo lo que Dios le ordenó, y «ofreció a Dios más excelente sacrificio que

Caín» (Hebreos 11:4), el sacrificio de una fe pura en lo que Dios le había indicado. Al sacrificar un cordero —y anunciar así la muerte de Cristo en la cruz por los pecados del mundo—, Abel demostró que confiaba en que el único capaz de salvarlo era Dios. Sabía bien que sólo contaba con la rectitud de Dios, que él no tenía ninguna, que la salvación no era otra cosa que un don divino (Efesios 2:8,9).

El humilde sacrificio de Abel dejó en ridículo al esforzado Caín —el beato autodidacto entregado a su propia modalidad de culto— y puso en evidencia la inutilidad de los esfuerzos de este último y su hipocresía, tanto que Caín se enfureció. Luego de tan ardua labor, de aplicar su racionalismo legalista y de exigir la salvación como premio a su empeño, fue tal la humillación de Caín que trató de sepultar aquella dolorosa verdad —el estrepitoso fracaso de su religión— matando al hombre cuya fe sencilla en la gracia de Dios lo había desenmascarado.

Así se originó el enfrentamiento descomunal entre la soberbia y la humildad, entre los condenados partidarios de la beatería y los pecadores salvados, la guerra perpetua que se ha librado a partir de aquel momento entre la *carne* y el *espíritu*, las obras y la fe, la ley y la gracia, el yo y Dios.

Ello ha derivado en algunos de los mayores malentendidos e interpretaciones más erróneas de las Escrituras que jamás se hayan visto. Desde entonces, la mayor parte de la humanidad ha tratado de salvarse a sí misma con un mínimo de reconocimiento a Dios, falseando las Escrituras para demostrarse capaz de hacerlo. Sin embargo, Dios no puede ayudarlos a salvarse. Él no interviene en favor de los que piensan que pueden lograrlo con sus propios esfuerzos.

«Mira todo lo que hemos hecho por ti, Dios. Si alguien va a alcanzar el Cielo, ¡nosotros deberíamos estar entre los elegidos!»

El mensaje del Diablo siempre ha sido: «¡Sálvate a ti mismo! Eres tu propio dios, tu propio salvador. ¿Para qué depender de otro?» En contraste, el mensaje de Dios es: «Solamente Yo puedo salvarte. Adórame a Mí». Dios no salva a quienes creen poder salvarse a pulso, por su cuenta, sino a los pecadores que se saben incapaces.

D.B.B.

Únicamente ayuda a los que se saben impotentes. Por mucho que uno procure obtener ayuda divina, no puede salvarse a sí mismo basándose en sus propios criterios.

Siendo yo joven en la fe, también me dejé engañar por la falsa doctrina de algunas confesiones y religiones de obras, que promulgaban una suerte de inseguridad eterna del creyente, es decir, que a ratos se es salvo y a ratos no. Hasta que un día, ya en mi adolescencia, quedé fascinado al descubrir la sencilla verdad contenida en el versículo Juan 3:36. Tras años de incertidumbre, confusión y falta de seguridad en mi propia salvación, descubrí que lo único que tenía que hacer era creer; que con eso bastaba. Jesús dijo: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna». En presente: *tiene*. Sin condiciones ni salvaduras. No era preciso que me portara bien, ni que fuera todos los domingos a la iglesia, ni que alcanzara una perfección inmaculada.

Yo simplemente no había podido lograrlo, y lo sabía. Parecía que cuanto más intentaba ser bueno, peor me volvía. Como decía el apóstol Pablo: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro» (Romanos 7:24,25).

Así es. No hay nada más, no hay otra forma. No hay rectitud propia ni buenas obras que valgan. Nada de eso puede mantenernos salvos, y mucho menos comprarnos la salvación. Sólo Jesús puede concedérnosla. Además de salvarnos, es Él quien hace las obras por medio de nosotros. Es toda obra de Jesús; no de nosotros ni fruto de nuestra santurronería. Únicamente obra de Jesús. Eso sí que me proporcionó alivio, porque sabía que de otra forma yo mismo nunca lo hubiera logrado. Tenía que hacerlo Dios. Yo

sencillamente no era capaz. Por eso lo hizo Él.

El problema que tienen muchos cristianos de hoy es que todavía viven en el Antiguo Testamento. Hacen de la religión una cuestión de obras. Años atrás me contaron de unos misioneros que habían viajado a tierras remotas. Al llegar, la gente del país les preguntó: «¿Ustedes son cristianos del Antiguo o del Nuevo Testamento?» Al principio no entendían a qué se referían. Pero no tardaron en descubrir que al decir *cristianos del Antiguo Testamento* aludían a quienes hacen hincapié más que nada en los templos, en las ceremonias, en los formalismos y en la tradición, es decir a los promotores de una religión de obras. En cambio, para ellos un cristiano del Nuevo Testamento era aquel que no otorgaba mayor importancia a lo que se ve —los edificios religiosos, la pompa, la solemnidad—, sino más bien a las cosas invisibles del espíritu, la sencillez de la vida cotidiana del cristiano, como la que llevaban Jesús y Sus discípulos. ¡Qué comparación más acertada!

Dios mismo tuvo que hacer muchos esfuerzos en el Antiguo Testamento para lograr que los hijos de Israel abandonaran la idolatría de Egipto. Se valió de la Ley Mosaica como curso elemental para enseñarles verdades sencillas. Recurrió a rituales y demostraciones gráficas con objetos materiales como el tabernáculo, el arca y los sacrificios de animales, que constituían símbolos y figuras, meras representaciones de las realidades espirituales y de las verdades eternas a las que Él aspiraba conducirlos. Dios tuvo que valerse de ciertos elementos que les resultaban familiares, como los ritos y ceremonias de la religión egipcia y de otros pueblos de la región.

En cierto sentido tuvo que dirigirse a ellos como se dirigiría un padre a sus hijos de corta edad, transmitiéndoles con sonidos e imágenes las legítimas verdades espirituales que entraña una adoración sensata y reflexiva de Dios mismo. El apóstol Pablo dijo que todo eso no eran más que figuras de lo verdadero (Hebreos 9:24), metáforas, analogías, simples ilustraciones concebidas para impartir las realidades invisibles del mundo espiritual.

Pablo explica: «Cuando venga lo perfecto [cuando nos unamos a Jesús en el Cielo], entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1 Corintios 13:10-12).

En ese pasaje el apóstol enseñó que incluso los dones del Espíritu de la era del Nuevo Testamento prácticamente equivalen a juguetes infantiles, obsequios que Dios, nuestro amoroso Padre, ha hecho a Sus hijitos para ayudarles a comprenderlo y a conocer Su voluntad. ¿Cuánto más infantiles aún no serán entonces las enseñanzas del Antiguo Testamento, ilustradas por medio de objetos materiales, tales como los ritos practicados en el Templo, para que gente que en sentido espiritual era más infantil todavía pudiera comprender el amor del Padre? Pero «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo» (Hebreos 1:1,2).

Cuando Jesús encontró a la samaritana, le dijo: «La hora viene, y ahora

es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:23,24). Esa es la etapa espiritual que vivimos actualmente.

Pero Pablo va aún más lejos en su predicción a los cristianos de Corinto, afirmando que llegará la hora en que veremos a Jesús cara a cara y en que dejaremos de lado hasta esos dones pueriles de comunicación en el espíritu. «Las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará» (1 Corintios 13:8-10). Incluso lo que al presente se nos ha otorgado no es más que una muestra de las gloriosas realidades venideras.

Si bien el Antiguo Testamento se caracterizó por las ilustraciones, en la actual época neotestamentaria se nos han revelado las verdades espirituales, con las que ahora contamos solamente por fe (Juan 1:17). Pero cuando Jesús regrese, lo veremos tal cual es. Seremos ni más ni menos como Él y experimentaremos plenamente las realidades divinas y del mundo venidero.

«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es» (1 Juan 3:2). •

(EL ANTERIOR ARTÍCULO, JUNTO CON OTROS 11, SE PUBLICARÁ EN EL LIBRO MÁS COMO JESÚS, DE AURORA PRODUCTION.)

***Quando
Jesús
regrese,
lo
veremos
tal
como es.
Seremos
ni más ni
menos
como Él.***

Daniel Capítulo 8: Una visión del futuro

EN EL AÑO 552 A.C., mucho antes que las ciudades griegas lideradas por Macedonia adquirieran el status de potencia dominante del mundo, el profeta Daniel predijo que estallaría una guerra entre Grecia y Persia y profetizó su desenlace. Más de 200 años después —en el año 333 a.C.— se cumplió exactamente lo predicho.

Esta extraordinaria profecía está registrada en el capítulo 8 de Daniel. (La visión está en los

versículos 1 al 14, y la interpretación en los versículos 15 al 27.) Luego el profeta da un gran salto hacia el futuro y los sucesos del Fin de los Tiempos, la época en que ahora vivimos.

Visión: «En el año tercero del reinado del rey Belsasar [552 a.C.] se me apareció una visión a mí, Daniel [...]. Vi en visión [...] un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; [...] uno era más alto que el otro; y el más alto creció después. Vi que el carnero hería

con los cuernos al poniente, al norte y al sur» (Daniel 8:1-4).

Interpretación: «Aconteció que mientras yo, Daniel, consideraba la visión y procuraba comprenderla, he aquí se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. Y oí una voz de hombre [...] que [...] dijo: “Gabriel, enseña a éste la visión”. Y dijo: “[...] En cuanto al carnero que viste que tenía dos cuernos, estos son los reyes de Media y de Persia”» (Daniel 8:15,16,19,20).



APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

Los medos construyeron un imperio que incluía a una tribu conocida como los persas. En el año 552 a.C., el distrito persa de Anzán era gobernado por Ciro —más tarde llamado Ciro el Grande—. En el año 550 a.C., Ciro y un numeroso grupo de medos desafectos al régimen se rebelaron y derrocaron el Imperio Medo. Ciro entonces estableció el Imperio Persa. Dado que los medos habían ayudado a Ciro a hacerse con el poder, se estableció la tradición de que un medo ocupara el segundo puesto más importante del reino. De ahí lo de los «dos cuernos, uno [...] más alto que el otro».

Visión: «Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su poder. Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera» (Daniel 8:5-8a).

Interpretación: «El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero» (Daniel 8:21).

Aquí vemos cómo el macho cabrío con su «cuerno grande» [Alejandro Magno] arremete furiosamente contra el carnero [Persia]. En las batallas de Isos —librada en el año 333 a.C., en la que el propio Alejandro dirigió la carga de su caballería a través del río Píparo— y de Gaugamela —librada 2 años más tarde—, las fuerzas griegas apabullaron al ejército del rey persa, Darío III, con lo que Alejandro Magno se apoderó del Imperio Persa.

Visión: «El macho cabrío creció en gran manera; pero cuando estaba en su mayor fuerza, aquel cuerno fue quebrado» (Daniel 8:8a).

Interpretación: A los veinte años de edad, Alejandro comenzó su campaña militar. Al cabo de apenas ocho años había conquistado todas las regiones del mundo civilizado que él consideraba importantes, desde el sur de Rusia hasta el norte de África y desde Grecia hasta la India. Sin duda alguna fue por esa rápida conquista que el Señor representó su reino como un leopardo con alas en la visión de Daniel 7:6, y aquí como un macho cabrío

que no tocaba tierra. Pero justo cuando se hallaba en la cúspide de su poder, «estando en su mayor fuerza», a la temprana edad de 33 años, Alejandro murió.

Visión: «En su lugar [donde había estado el gran cuerno] salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo» (Daniel 8:8b).

Interpretación: «En cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él» (Daniel 8:22),

Al morir Alejandro, sus generales —que colectivamente se denominaron los diadocos— se disputaron su imperio y acabaron por dividirlo en cuatro partes, «hacia los cuatro vientos». Esos cuatro reinos, más débiles, fueron representados en Daniel 7:6 por las cuatro cabezas del leopardo.

A partir de Daniel 8:9, la profecía de repente da un salto al futuro lejano, a los sucesos del Tiempo del Fin. «De uno de ellos [de uno de los cuatro cuernos notables] salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el sur, y al oriente, y hacia la tierra gloriosa [Israel]». •

CONTINUARÁ

Seis motivos por los que es desatinado considerar que por nosotros mismos somos justos:

1.) *Porque no lo somos.*

Eclesiastés 7:20

Isaías 64:6a

Juan 8:7

Romanos 3:10,23

Gálatas 6:3

2.) *Sólo Dios es bueno.*

Mateo 19:17a

Job 9:2b

Salmo 71:16

3.) *Desagrada a Dios y nos aparta de Él.*

Isaías 65:5

Romanos 10:3

4.) *Nos envanece.*

Proverbios 30:12,13

Lucas 18:9-15

5.) *Nos impide ver nuestros pecados.*

Proverbios 30:12

Lucas 6:41,42

Juan 9:41

6.) *Nos lleva a tratar duramente a los demás.*

Mateo 23:29

Mateo 9:13

La verdadera justicia entraña confianza en Dios, no en uno mismo.

Gálatas 3:6

Filipenses 3:9

Tito 3:5

Lo que tenemos de bueno se debe íntegramente a la gracia de Dios.

1 Corintios 4:7

1 Corintios 15:10

2 Corintios 3:5

Tres motivos por los que deberíamos desear ser humildes:

1.) *Porque Dios ama a los humildes y se deleita en ellos.*

Salmo 51:17

Salmo 138:6a

1 Pedro 3:4

1 Pedro 5:5b

2.) *La humildad lleva a la honra y es premiada por Dios.*

Salmo 25:9

Salmo 34:18

Proverbios 22:4

Proverbios 29:23

1 Pedro 5:5b

3.) *La humildad nos puede librar de males.*

1 Reyes 21:17,25-29

2 Crónicas 32:26

Sigue el ejemplo de humildad de Cristo.

Mateo 21:5

Juan 13:5,12-15

Lucas 22:27

Filipenses 2:5-8

Sé humilde con los demás.

Romanos 14:2,3

1 Corintios 13:4

Filipenses 2:3

Soy consciente de que está mal ser farisaico y creerse bueno, que desagrade a Dios y molesta a la gente. Trato de no ser así, pero a la vez tengo mis convicciones de lo que está bien y lo que está mal y quiero pensar, hablar y obrar de conformidad con ellas, a fin de complacer a Dios y gozar del respeto de los demás. A veces no sé bien cómo obrar con rectitud sin caer en el farisaísmo. ¿Cómo puedo hacer la distinción?

Buenas preguntas. Este es un dilema que no te afecta solamente a ti. A continuación reproducimos unos pasajes de un mensaje que alguien recibió de Jesús en profecía cuando le preguntó cuáles son los síntomas del farisaísmo y qué se puede hacer para superarlo. Como siempre, nadie explica las cosas tan bien como Jesús. Viene a ser una especie de test de autodiagnóstico.

El farisaísmo

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

(Jesús:) Con frecuencia, el que es farisaico ni siquiera sabe que está actuando mal, porque lo que piensa y hace es correcto o parece serlo. Lo que pasa es que no es lo mejor, o lo que Yo quiero, o bien no está obrando con amor y misericordia.

En muchas ocasiones deseo indicarte una forma mejor de actuar, pero sólo puedo hacerlo cuando te ciñes de humildad, me reconoces y me escuchas. Cuando cedes a un espíritu farisaico, en realidad te dejas llevar por tu propio espíritu, que a veces te induce a ser inmisericorde, impaciente, criticón y pronto para juzgar, convencido de que sabes más que nadie, y poco dispuesto a escucharme a Mí o a los demás.

Errar es humano. A veces la gente es perezosa o poco amorosa. Cada cual tiene sus defectos. Si te crees mejor que los demás e incapaz de caer en los defectos ajenos, si te crees más fuerte, más inteligente o más capaz, lo más probable es que estés peor que ellos, porque pecas de farisaísmo y ni siquiera te das cuenta.

Si te preocupa que puedas estar cayendo en esas actitudes, hazte las siguientes preguntas:

- ✘ *¿Tiendo a creer que sé más que otros y a raíz de eso rechazo o discuto lo que me dicen e insisto en mi forma de hacer las cosas?*
- ✘ *¿Censuro a los demás cuando cometen errores?*
- ✘ *¿Justifico mis críticas y mi falta de amor?*
- ✘ *¿Me creo mejor que los demás?*
- ✘ *¿Me pongo impaciente con ellos?*
- ✘ *¿Suelo optar por lo que más me conviene a mí?*

Todos esos son síntomas de farisaísmo. Si adviertes la presencia de algunos de ellos en tu vida, es hora de deponer tu orgullo y tu forma de obrar y pedirme que te ayude a cambiar.

A continuación, hazte estas preguntas:

- ✘ *¿Procuro dar ejemplo del espíritu de amor del Señor con mi forma de pensar, reaccionar y relacionarme con los demás?*
- ✘ *¿Tengo en cuenta que es muy posible que yo esté en un error y que la otra persona tenga razón?*
- ✘ *¿Realmente escucho las opiniones y puntos de vista ajenos?*
- ✘ *¿Perdono a los demás y paso por alto sus faltas como yo quiero que me perdonen y pasen por alto las mías?*
- ✘ *¿Transmito a mis semejantes el amor, la misericordia y la paciencia del Señor?*
- ✘ *¿Reconozco mis errores?*
- ✘ *¿Confieso que soy débil y necesito ayuda del Señor y de los demás?*
- ✘ *¿Procuro pedir perdón a quienes puedo haber ofendido o perjudicado?*
- ✘ *¿Perdono enseguida a quienes se equivocan o me hieren y acepto sus disculpas?*
- ✘ *¿Busco que el Señor me aconseje por medio de la Palabra escrita y de Su voz profética viviente?*

Si no puedes contestar sinceramente que sí a estas preguntas, debes orar y pedirme que te ayude a cambiar.

Vuélvete a Mi Palabra. Léela, absórbela, asimíllala, créela y deja que te transforme. Recurre a Mi voz profética. Plantéame tus preguntas y escucha las Palabras que te dirija. Acude a los demás. Escúchalos y procura no cerrarte a sus puntos de vista. Acude a Mí. Depende de Mi bondad, no de la tuya. Esas son las claves para superar el farisaísmo.

Con cariño,
Jesús.



DE JESÚS, CON CARIÑO

Los humildes son amigos Míos

Puede que el humilde no termine en la cima, pero tiene mayores posibilidades de llevar una vida auténticamente provechosa, porque es más fácil que triunfe en lo más importante. El humilde constituye una fuerza silenciosa en favor del bien. Además se gana el amor y el respeto de sus semejantes, porque con su espíritu manso les manifiesta su amor y respeto. Quienes lo rodean ven que antepone la felicidad ajena a la propia, y eso los impulsa a hacer lo mismo.

La humildad no es natural en las personas. El hombre por naturaleza tiende a aparentar más de lo que es jactándose de sus atributos, habilidades y logros. Espera así aumentar su autoestima y granjearse el respeto de los demás. Sin embargo, de esa manera rara vez lo consigue. Puede que temporalmente se sienta más satisfecho, pero su soberbia aleja a los demás.

Sabiamente reza el proverbio: «Antes de la caída es la soberbia». Los orgullosos viven con miedo de caer, de quedar en evidencia y ser humillados. En cambio, los humildes no tienen nada que temer. Si no tienen un concepto elevado de sí mismos, ¿qué miedo pueden tener de caer?

Los humildes siempre tienen un lugar a Mi lado. Son Mis compañeros y amigos. El día que se reúnan conmigo en el Cielo se sentirán en su casa, en su salsa. El Cielo se hizo para personas así.